

CERTAMEN
LITERARIO 2018
Laura Méndez de Cuenca

GANADOR

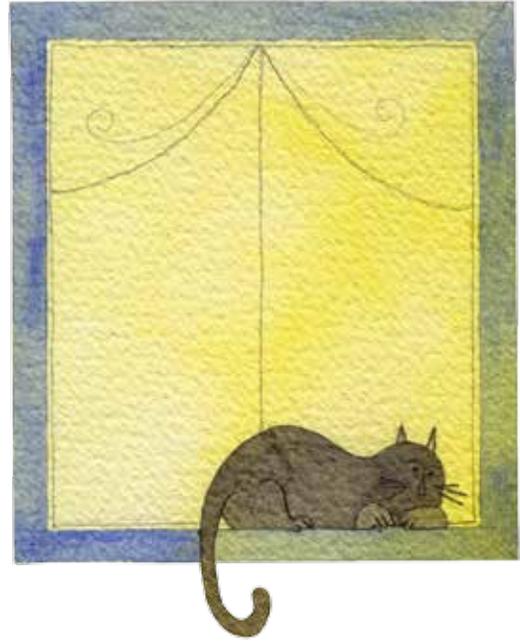
Colección
de **cuentos**
para leerse
en voz **alta**

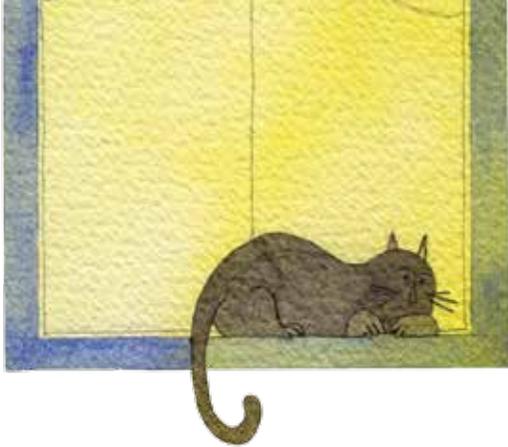


Minerva Paredes

Ilustraciones: Rocío Solís Cuevas







Colección
de **cuentos**
para leerse
en voz **alta**





Colección Lectores Niños y Jóvenes | **Literatura infantil**



Colección de **cuentos** para leerse en voz **alta**

Minerva Paredes

Ilustraciones: Rocío Solís Cuevas

FOEM
FONDO EDITORIAL ESTADO DE
MÉXICO





GOBIERNO DEL
ESTADO DE MÉXICO

Alfredo Del Mazo Maza
Gobernador Constitucional

Marcela González Salas
Secretaria de Cultura y Turismo

CONSEJO EDITORIAL

Consejeros

Marcela González Salas, Rodrigo Jarque Lira, Gerardo Monroy Serrano, Jorge Alberto Pérez Zamudio

Comité Técnico

Félix Suárez González, Rodrigo Sánchez Arce, Laura G. Zaragoza Contreras

Colección de cuentos para leerse en voz alta

© Primera edición: Secretaría de Cultura y Turismo del Gobierno del Estado de México, 2020

D. R. © Secretaría de Cultura y Turismo del Gobierno del Estado de México
Jesús Reyes Heróles núm. 302,
delegación San Buenaventura, C. P. 50110,
Toluca de Lerdo, Estado de México.

© Minerva Paredes Rivera, por texto

© Rocío Solís Cuevas, por ilustraciones

ISBN: 978-607-490-313-3

Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal

www.edomex.gob.mx/consejoeditorial

Número de autorización del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal

CE: 217/01/17/20

Impreso en México / *Printed in Mexico*

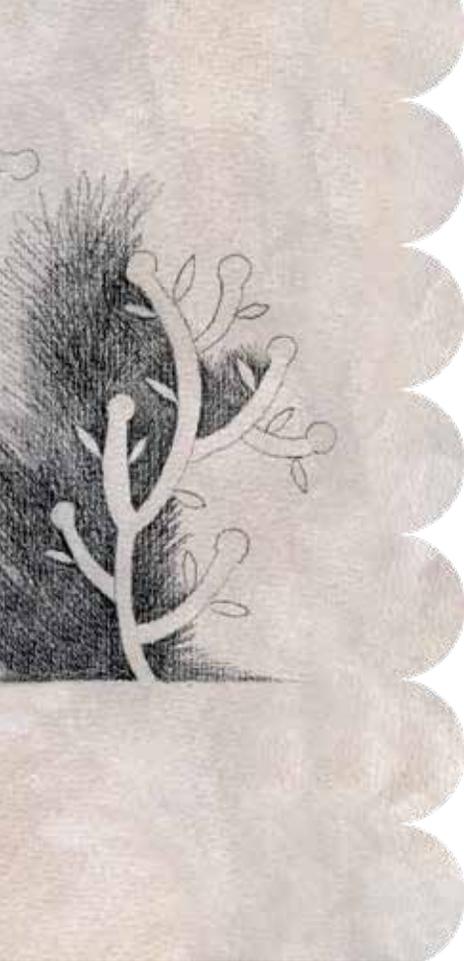
Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la autorización previa de la Secretaría de Cultura y Turismo del Gobierno del Estado de México, a través del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal.



Advertencia

Los cuentos se disfrutan más cuando se comparten. Por eso, lo mejor es leerlos en voz alta. Para facilitar la entonación de los diferentes personajes, se ha coloreado de forma distinta cada voz.





La catrina

Hace algún tiempo, la muerte se apareció de sorpresa con la intención de llevarse a una preciosa princesa.

—Te vengo a llevar conmigo porque terminó tu vida

—le dijo en tono solemne—. ¡Ah, y porque estoy aburrida!

La doncella, no conforme, le dijo entonces llorando:

—Pero si aún estoy muy joven, no sé de qué estás hablando.

—Hablo —dijo la huesuda— de que tu tiempo se agota.

Debo llevarte conmigo para cumplir con mi cuota.

Aunque no parecía justa la terrible decisión,

la pelona estaba lista para llevarla al panteón.

La doncella, confundida ante aquel predicamento,

después de mucho pensarlo, exclamó: —¡Espera un momento!

Sacó de un cajón pequeño su tela de cuadrillé

y le dijo emocionada: —Ya casi lo terminé.

Era un bordado perfecto, detallado y minucioso.

La muerte al verlo exclamó: —¡Qué trabajo tan hermoso!

—Pero aún no está terminado —dijo entonces la princesa—.

¡Qué pena! Era tu regalo, y es bellísima la pieza,
pero un presente incompleto sería un insulto, lo sé.

—¿Regalo? —dijo la muerte—, espera, lo pensaré...

¿Cuánto tiempo necesitas? —le preguntó la catrina.

—No mucho —dijo la niña. —¡Entonces anda, termina!

La chica tomó la tela y de singular manera,

descosió cada puntada sin que la muerte la viera.



Luego empezó desde cero y a punto de terminar,
deshizo todo de nuevo. ¡Así nunca iba a acabar!
La visita al cementerio ha quedado al fin pospuesta.
La muerte sigue esperando su bordado, sin respuesta.
Con ceremonia, la parca le pregunta todavía:
—Princesa, ¿lo has terminado?, porque ya se acerca el día.
—**Todavía no, ten paciencia** —le contesta, encantadora.
A este paso, dudo mucho que algún día llegue la hora.
¡Qué ironía que haya podido burlar a la misma muerte!
A eso llamo inteligencia con un poquito de suerte.



La boda de don Esqueleto

Una noche tenebrosa, a las tumbas del panteón,
por correo certificado arribó la invitación.

“El viernes —decía la nota—, *exactamente a las diez,
se casa don Esqueleto*”, un importante marqués.

Vendrían brujas y fantasmas. La casa estaría repleta.

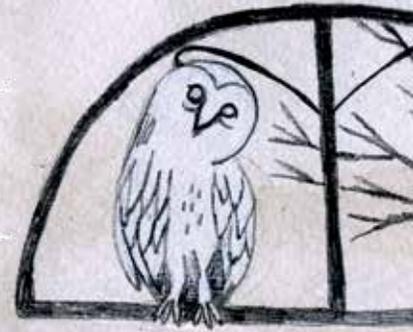
Eso sí, vendrían de gala y vestirían de etiqueta.

Pero aquel viejo esqueleto estaba muy preocupado,

porque había perdido un hueso. —*¡Ay! ¿Dónde lo habré dejado?*

Tenía que encontrarlo pronto, pues mañana muy temprano

tenía que ir muy elegante a pedir la huesuda mano.
Y es que el padre de la novia era un fantasma estirado.
—¿Cómo llegar incompleto? ¿Cómo llegar deshuesado?
El hueso que le faltaba no era ni el de la rodilla,
ni el del pie, ni el de la pierna, era justo la costilla.
—Cinco, dos, llevamos uno, más cuatro, me faltan tres.
Las contaba, preocupado, el despistado marqués,
y es que el moño, los zapatos, el esmoquin y el chaleco
no le ajustarían lo mismo con ese espantoso hueso.
Como era de aristocracia y un marqués adinerado,
ofreció una recompensa a quien lo hubiera encontrado.
—Ofrezco una bolsa de oro y una botella de vino.
Quien lo encuentre será rico y de la boda el padrino.
¡Busquen, sapos y lombrices, bajo la luz de una vela,
porque, o lo encontramos pronto, o la boda se cancela!
Un sabio búho que observaba toda aquella buscadera
sacó su calculadora y contó sin que él lo viera.
—Marqués, si me lo permites, si ponemos atención,
verás que no faltan huesos. —¡Pero si tienes razón!
Resultó que el esqueleto equivocó la respuesta,
pues, aunque era un marqués fino, no sabía de suma o resta.
¡Se celebraron las nupcias bajo la luz de la luna!
Llegaron sapos y ranas; brujas, no faltó ninguna.
Y si te quedas callado y escuchas con atención,
aún puedes oírlos a todos icelebrando en el panteón!





La calabaza

En el mundo de las brujas, una vieja calabaza refunfuñando paseaba en los rincones de su casa.

Y mirándose al espejo repetía una y otra vez:

—No hay duda, soy muy hermosa. ¡Del uno al cinco, soy diez!

Y es que, cada año sin falta, las ponían en una hilera para ver cuál calabaza la del primer lugar era.

—Este año es algo seguro, ¡me llevo el primer lugar!

—dijo aquella calabaza—. ¡Sé que les voy a ganar!

Pero cada vez lo mismo, al llegar la selección, se quedaba quietecita a esperar la decisión.

—La calabaza del año —dijo el juez número tres—

es la señora Chipote. ¡Había perdido otra vez!

Por más que se acicalaba, no se llevaba el diploma.

—¡Qué absurdo! —decían las otras—. ¡No ganará ni de broma!

Pobre calabaza necia. Qué coqueta y vanidosa,

sólo pensaba en el premio. ¡No pensaba en otra cosa!

Aquel año fue distinto, pues tomó la decisión

de hacer dieta y ejercicio, para estar en condición.

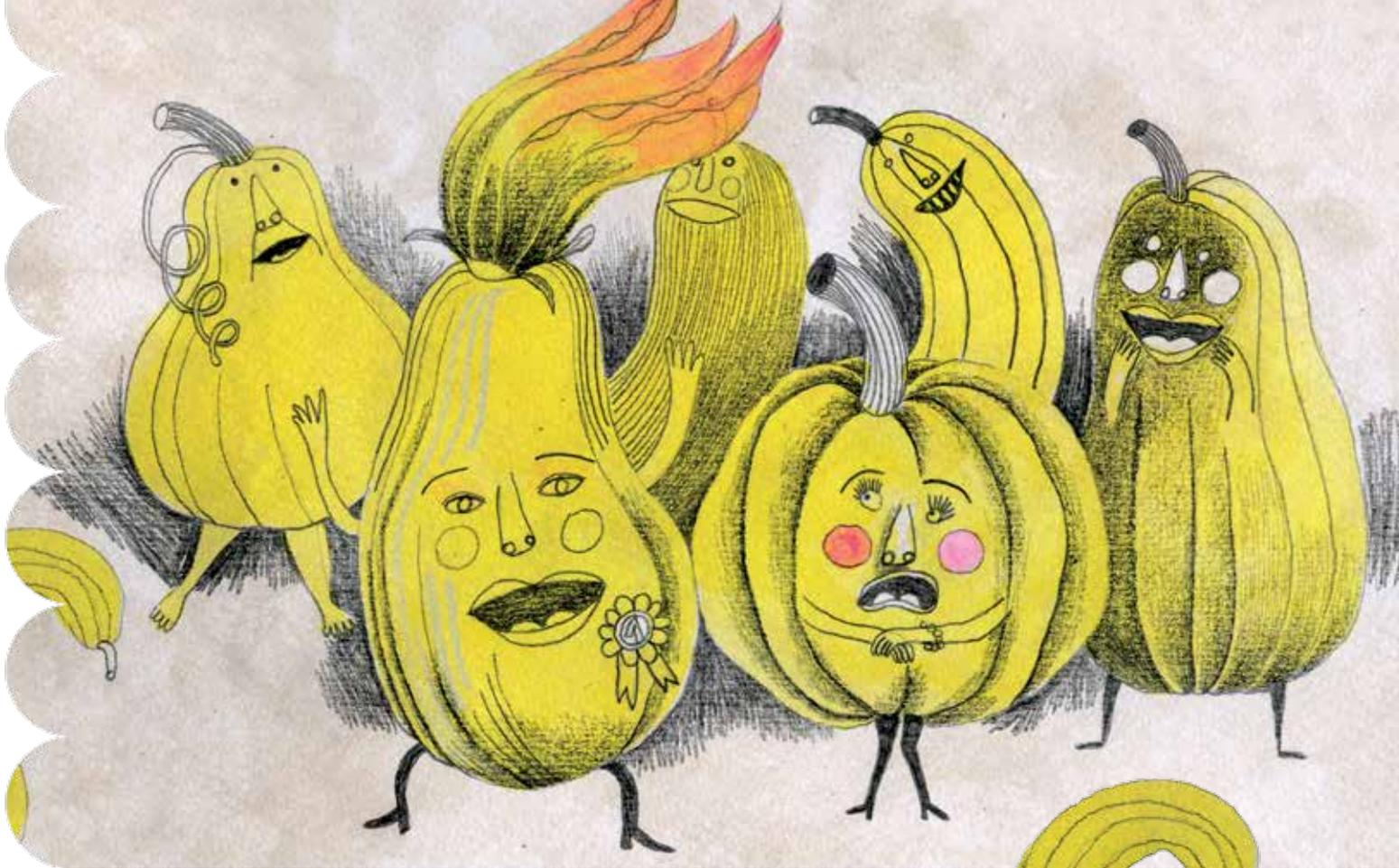
—¡Dos capas de maquillaje es la perfecta receta!

—decía, mientras se alistaba, aquella niña coqueta.

Cuando al fin llegó el concurso, la calabaza en cuestión

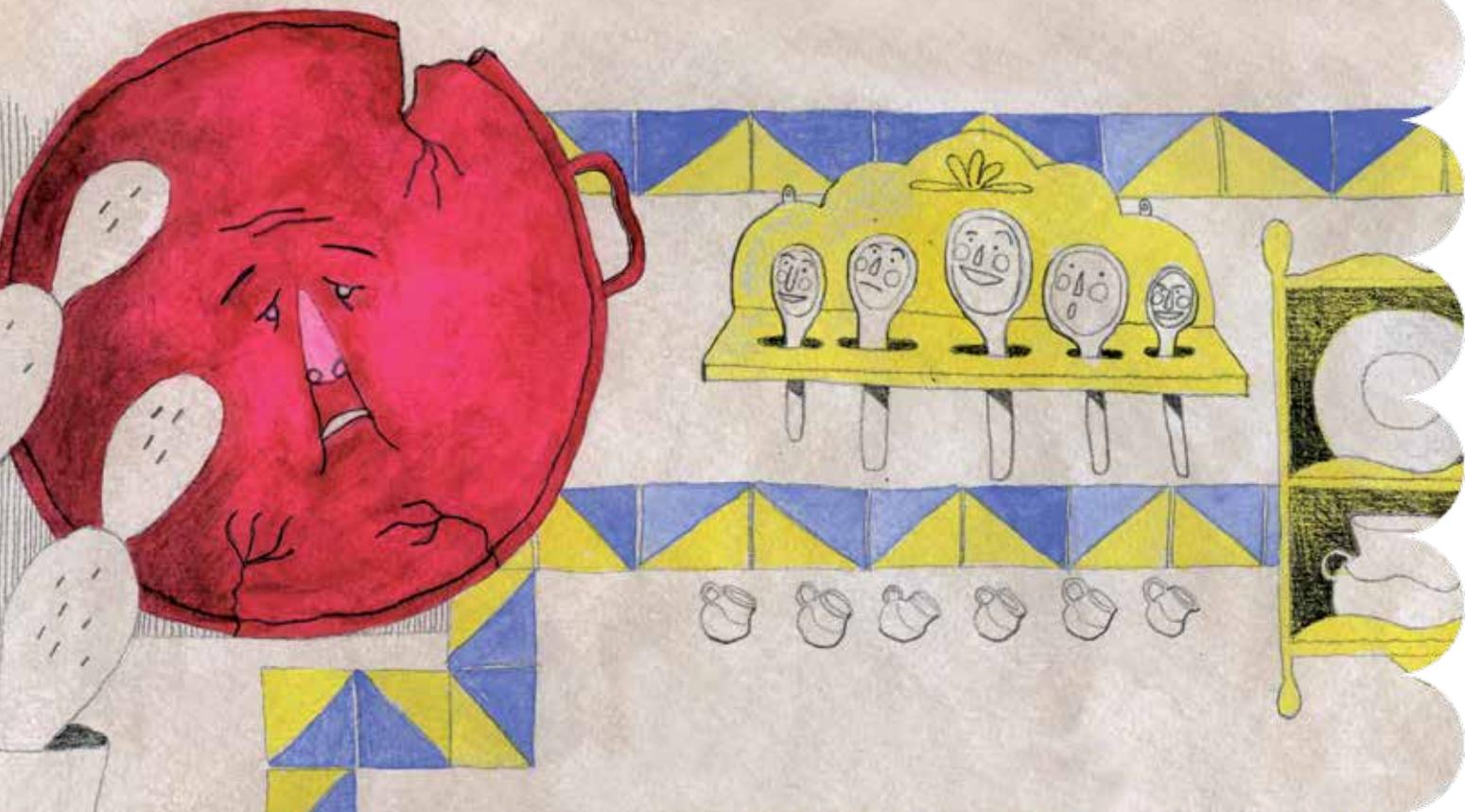
otra vez se quedó fuera. ¡Qué terrible decepción!

Los jueces, muy ocupados, a las que no habían ganado las formaron por tamaño y las llevaron al mercado.



Las alegres compradoras, en tremendo regateo,
buscaban su calabaza. —**iUna digna de museo!**
Una mujer, muy contenta, tomó aquella calabaza.
—**Aquí tiene tres monedas. ¡Me la llevaré a mi casa!**
La calabaza, contenta, pensaba: “**En una vitrina,
me admirará todo el mundo**”. Mas terminó en la cocina.
Pobrecita calabaza, debido a su mala racha,
acabó sobre la estufa como icalabaza en tacha!
A veces, aunque le busques, no puedes tenerlo todo,
porque, cuando no te toca, pues no te toca y ni modo.





El comal rojo

En una antigua cocina, polvoriento y olvidado,
se encontraba en una esquina aquel comal arrumbado.
Había pasado treinta años sobre el fuego de la hoguera,
siempre fiel y siempre listo, pues no era un comal cualquiera.
La dueña dijo a su esposo: —**iTira ese horrible cacharro!**
¿Qué no ves que ya está viejo? Todo porque era de barro.
—**Pero, mujer.** —**Nada, nada.** Y aquél se quedó callado,
y lo dejó en una esquina. ¡Pobre comal colorado!
Las cucharas, altaneras, al ver aquel comal viejo,

le gritaban: —¡Hazte a un lado! ¡Muévete, horrible trebejo!
Cruelles y malencaradas, las cazuelas, risa y risa, le decían:
—¡Quítate, estorbo! ¿No ves que llevamos prisa?
Así pasó mucho tiempo y aquel comal, resignado,
se quedó, sin más remedio, en su esquina recargado.
Pero un día la mujer dijo: —¡Los sartenes a las brasas!
Que ya se acerca la fiesta. ¡Saquen platitos y tazas!
Usaron todas las ollas porque vendría mucha gente,
las de peltre y porcelana. ¡Querían todo bien caliente!
Uno de los cocineros andaba tan apurado
que sacó sin darse cuenta el comal despostillado.
Empezó la comilona y cuando ya era muy tarde,
notaron que el comal rojo seguía contento arde que arde.
Y ante los ojos de aquellos muy tragones comensales,
el rojo siguió caliente, más que los otros comales.
Había demostrado a todos que aún era de gran valor
y que aunque fuera muy viejo, todavía daba calor.
—¡Pero cómo! No es posible, ¡era sólo un armatoste!
Y el marido abrió la boca: —Yo te lo dije... ¡que conste!
Las ollas y los sartenes, junto con el cucharón,
fueron muy arrepentidos todos a pedir perdón.
—Querido, si te ofendimos o si te tratamos mal,
disculpa el malentendido, no era nada personal.
Así que, ya ves, los viejos pueden darte una lección,
como les pasó en el cuento al sartén y al cucharón.





Las carabelas

Allá en el puerto de Palos, muy cerca de Andalucía, partieron los marineros en aquella travesía. Luego de setenta días de intensa navegación, esperaban resultados de esa gran expedición. Hoy conocerás la historia de aquella tripulación: ciento veinte marineros y un extraño polizón. Nadie se había dado cuenta de que en la popa del bote iba un ratón, muy a gusto, dentro de su camarote. No era ratón de agujero, pues tenía muchas agallas, diploma, certificado y en el pecho diez medallas! El roedor de nuestra historia fue por pocos conocido, pero, gracias a su astucia, se completó el recorrido. Pues resulta que una noche, aquel pesado velero estuvo a punto de hundirse, su casco era muy ligero. Las olas eran enormes, habían avanzado millas. Los cubría una niebla densa. Les temblaban las rodillas. —**iCorran todos a sus puestos! iMarineros a estribor!** Estaban muy preocupados. No tenían mucho valor. El ratón decía, valiente: —**iLas sogas resistirán!** Mientras los otros gritaban: —**iNos hundimos, capitán!** El roedor, muy concentrado, con las orejas paradas, pensaba: “**iLo lograremos! iYa tengo las coordenadas!**”. Y al almirante le dijo: —**iPronto, ahora icen las velas! Llegaremos justo a tiempo en nuestras tres carabelas.**



Siguieron las instrucciones que les dio con precisión:
aflojaron las amarras y giraron el timón.
Luego de bastantes horas llegó la calma al océano.
Aquel sabio animalito les había echado la mano.
—¡Ahoy!, que distingo tierra —dijo por fin un marino.
—Pasen la voz en cubierta. —¡Ya encontramos el camino!
Y así fue que, muy cansados, esos hombres finalmente
gracias a un ratón llegaron a aquel nuevo continente.
Luego cambiaron la historia y dicen que no hubo ratón,
pero yo te lo aseguro, ¡él viajaba con Colón!





El piano

Una princesa aburrida tuvo una gran ocurrencia y dijo, muy decidida, y frente a una gran audiencia:

—¡Quiero un bello clavicordio, pulido y bien afinado, con incrustaciones de oro, elegante y bien labrado!

De inmediato el rey, su padre, llamó al mejor artesano para cumplirle el antojo y darle el dichoso piano.

Consiguieron la madera más fina de aquel lugar.

—Empecemos sin demora y con ahínco a trabajar.

El diseño era moderno y precisa cada pieza,

pero no estaba conforme la melindrosa princesa.

—Ese color es horrible. ¡Las teclas están bien chuecas!

Decía, malagradecida y siempre haciendo sus muecas.

Visitaba diariamente el ocupado taller,

y al verla, el pobre artesano decía: —¡Ahí viene esta mujer!

—Mi *lady*, qué gusto verla. —¿Qué tal, maestro?, ¿cómo vamos?

¿Necesita una manita o ya casi terminamos?

Y es que siempre había un problema por su gran indecisión.

—Las cuerdas están muy tensas. ¡No es buena la percusión!

El artesano, decente, ante tal conocedora

respondía muy cortésmente: —¿Cuál es el defecto ahora?

¡Fue un martirio la odisea, desde el principio hasta el fin!

—¡Qué pena que a la princesa no le gustara el violín!

Pero a quejas y jalones, terminaron el proceso

y anunciaron ante todos el importante suceso:

—¡Que resuenen las fanfarrias, el instrumento ha llegado!

—Llamen al rey y a la reina. —Mi lord, hemos terminado.

—Que traigan a la princesa. No hay que perder ni un momento, que deleite mis oídos y demuestre su talento.

—Yo no sé tocar —les dijo—, ha sido una confusión.

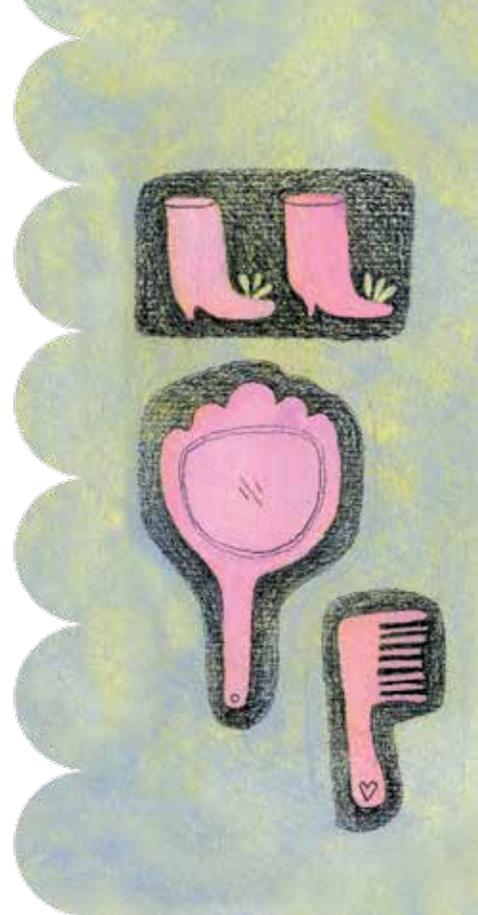
Lo quiero porque es perfecto. Va con mi decoración.

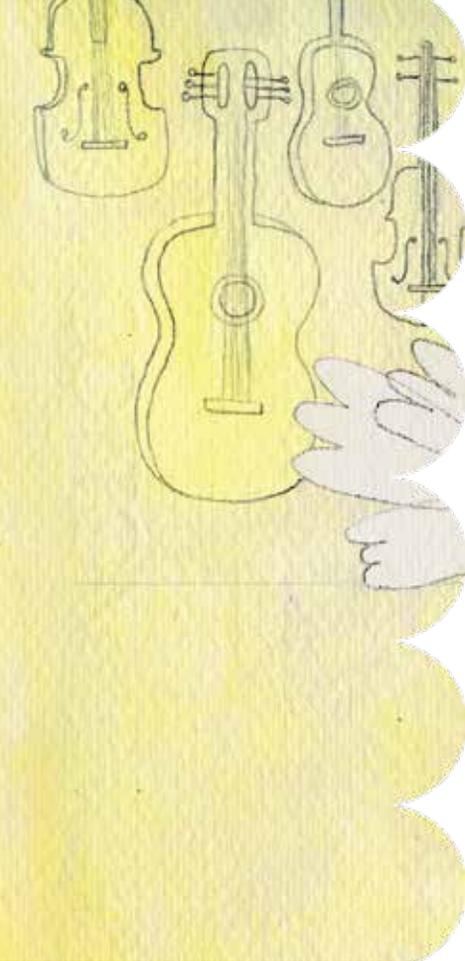
Resulta que la princesa quería un adorno bonito.

—Lo quiero para mi alcoba, para llenar el huequito.

¡Ah, qué cosa con los reyes de caprichosa realeza!

A veces les falta estilo ¡y sesos en la cabeza!





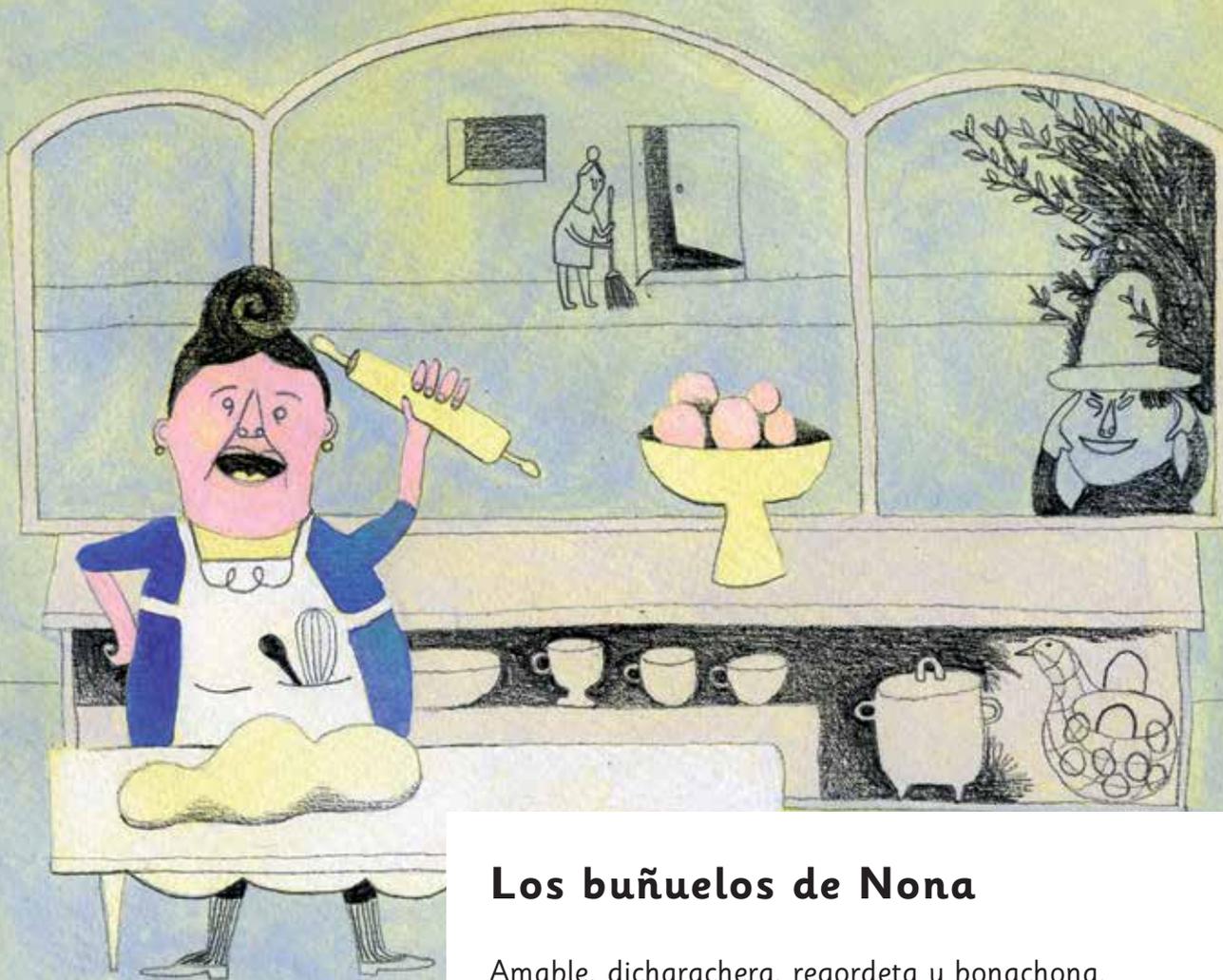
El violín

Un hombre diestro en el arte de fabricar instrumentos conoció una noche a un hada, una de esas de los cuentos. Estirada, el hada dijo: —¿Qué estás haciendo, hombrecillo? —Un violín —le dijo el hombre. —Ah, claro, eso es muy sencillo. E imitando al fabricante empezó talla que talla, como en forma de remedo. ¡Ah qué mujer, vaya, vaya! —Te aseguro —dijo el hada— que puedo hacerlo mejor. Te apuesto veinte monedas, ¿qué tal?, ¿aceptas, señor? Perdiendo ya la paciencia con la dichosa mujer, le contestó serio el hombre: —¿No tienes algo que hacer? —¡Cuidado con tus palabras!, que me enojas y me irritas, soy un hada poderosa. ¿Qué no me ves las alitas? Para callarle la boca, el fabricante en cuestión le respondió finalmente: —Sólo hay una condición. —La que quieras —dijo el hada—, son sencillos menesteres. —Hagamos, pues, dos violines, pero el tuyo sin poderes. Después de tanto alegato, y ya bastante molesta, no le quedó más remedio y tuvo que aceptar la apuesta. —Sin conjuros, ni polvitos, ni menjurjes, ni varita. ¡Ah caray, está difícil! —dijo en silencio la hadita—. Pero como soy bonita, inteligente y modesta, puedo lograr cualquier cosa. Y también puedo hacer ésta. Y así, de un lado para otro caminaba en el taller, y el fabricante le dijo: —¿No vas a empezar, mujer?



Dando los últimos toques, el fabricante, apurado, curioso, mirando al hada le dijo: —iNo has comenzado!
—No me apures, que es con calma —dijo alzando la nariz—. Soy muy buena en este oficio, tú eres sólo un aprendiz. Sólo tengo una pregunta... —¿Ahora qué? —dijo él furioso.
—Es una cuestión sencilla, espera, no seas curioso. Cuando el fabricante casi había terminado al fin, el hada dijo: —Mi duda es ¿para qué sirve un violín? Aunque parezca mentira, como en el cuento del hada, los que mucho te presumen a veces no saben nada.

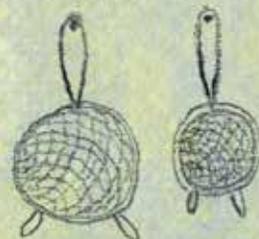
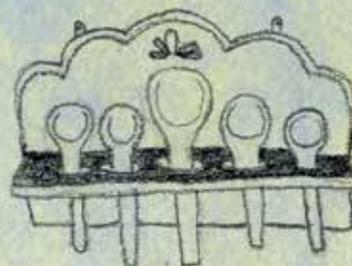




Los buñuelos de Nona

Amable, dicharachera, regordeta y bonachona, en un pueblo pintoresco vivía la abuelita Nona. Experta en el amasado y en el uso del rodillo, en aquello del horneado la mujer tenía colmillo. Y cada mes de septiembre preparaba atentamente sus muy famosos buñuelos, cuidando cada ingrediente. —Haré con manteca y yemas la enorme fuente de harina, y freiré cada bocado en mi impecable cocina. Luego los acomodaba con gran arte en una pila

y los clientes, muy ansiosos, para comprar hacían fila. Nona lucía diariamente su impecable delantal, pero un día pasó algo extraño: las cosas salieron mal. La historia empezó una tarde, cuando a causa de los celos, un hombre ruin y envidioso quiso robar sus buñuelos. Quería llevarse la fama y también la venta completa, así que el malvado dijo: —**iMe robaré la receta!** Y de noche, de puntitas, llegó a la panadería y forzó la cerradura sin saber qué pasaría. —**Revolveré los cajones, buscaré en el recetario.** Examinó bien los moldes y entre cada refractario. Desesperado y sin rastro decidió volver a casa, pero por un gran descuido, cayó dentro de la masa. Y entre huevos y manteca, aquel villano batido como un buñuelo gigante no logró su cometido. Se olvidó de los buñuelos con azúcar y canela y se fue refunfuñando: —**iDejaré en paz a la abuela!** Al otro día muy temprano, abrió Nona la cortina y dijo muy sorprendida: —**iQué ha pasado en mi cocina!** **Tal vez fueron los ratones o un gato hambriento y tragón.** No supo las intenciones de aquel terrible ladrón. Así que, igual que otros años, pequeñines y grandotes disfrutaron sus buñuelos, ise chuparon los bigotes! ¿Que dónde guardaba Nona una receta como ésta? Como buena repostera, la guardaba en la cabeza.





La ardilla mazapanera

En la ciudad de Toledo, en un antiguo convento, vivía una pequeña ardilla, protagonista del cuento. El roedor había logrado construir, como gran artista, en el claustro su vivienda, de estilo minimalista. Graduada en postres selectos, la diminuta inventora de budines y de trufas era la auténtica autora.

—Ya tengo los ingredientes de la nueva golosina: almendras, claras y azúcar. Será una pasta muy fina. Las novicias, mientras tanto, vendían rompopo y cocada, pero después de los pagos, no quedaba casi nada. Una hermana dijo entonces a la madre superiora: —¡Las ventas están muy bajas, hay que hacer algo y ahora! Mientras la novicia estaba concentrada en la capilla, percibió el aroma dulce del fogón de aquella ardilla. El perfume delicioso la llevó hasta el agujero donde encontró a la inquilina horneando con gran esmero.

—Pelaré bien las almendras, luego batiré la masa, cerniré bien el azúcar, le pondré casi una taza. ¡Será un éxito rotundo, aún mejor que la tapioca! Escuchó la religiosa, pensando: “¡Me he vuelto loca!”.

Pero se quedó mirando y se grabó los ingredientes. —Tiempo de horneado, cernido... —memorizaba entre dientes. Luego, la mujer curiosa esperó hasta que el roedor saliera de su cocina, para probar el sabor.



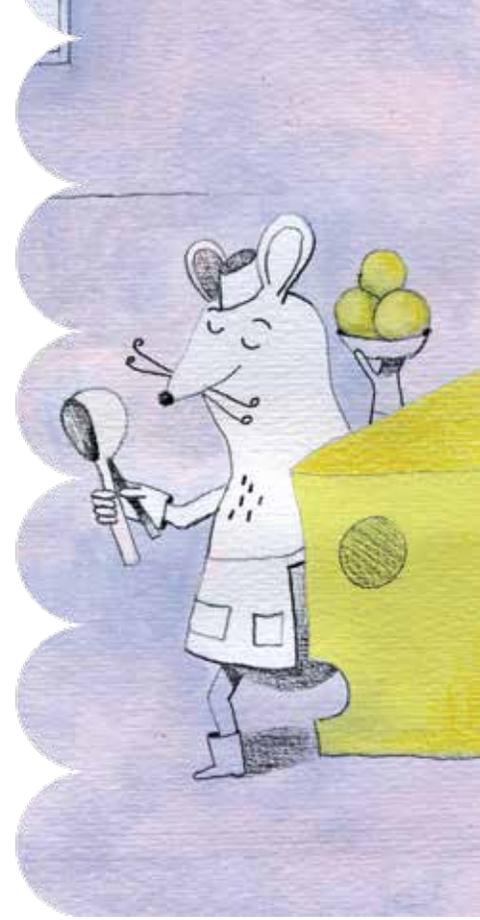
—¡Qué postre tan delicioso! Voy corriendo al monasterio.
Y se llevó la receta, y hasta ahí llegó aquel misterio.
Siguieron todos los pasos para hacer aquel bocado
de sabor incomparable, exquisito y delicado.
Luego hicieron figuritas y en bolsas de celofán
las metieron con cuidado, llamándolas mazapán.
—¡La demanda por el dulce fue enorme e inesperada!
Todo gracias a la ardilla, que no se enteró de nada.
Así que no te confundas, porque el derecho de autor
de esta delicia almendrada pertenece a este roedor.



El queso del rey

En las afueras de Francia, en un surtido local, se hacían los quesos más ricos, desde fresco hasta emmental. Había secos y maduros, de vaca, cabra y oveja, hechos por los artesanos de esa tradición tan vieja, pero de todos, sin duda, los quesos eran mejores cuando los hacían las manos de los expertos roedores. —Cada miembro en la familia y en cada generación debe aprender el manejo del suero y del requesón. Cada pieza era famosa, desde el sencillo panela,

al roquefort y el manchego, la receta de la abuela.
Un día, el rey hizo un pedido para llevar al castillo:
—Quiero un queso incomparable, delicioso y amarillo.
Quiero que el queso combine con mi importante linaje
y con vino de mi cava. ¡El perfecto maridaje!
“Empecemos el trabajo, tal vez un buen gorgonzola”,
pensaba mamá ratona, preparando la charola.
—Vacíen la leche con calma y luego agreguen el cuajo
—decía papá, muy contento, mientras hacían el trabajo.
—¡Para el rey, el mejor queso! —gritó un ratón barrigón—,
delicioso y diferente. Lo marca la tradición.
Después de mucho pensarlo y romperse la cabeza,
eligieron un buen queso con delicada corteza.
—¡Haremos los agujeros! Y daremos a conocer
el mejor de los manjares, lo llamaremos *gruyère*.
—¡Alisten las herramientas! ¡Preparen los incisivos!
Estos ratones, no hay duda, de veras que son muy vivos.
Engulleron con cuidado, disfrutando cada muestra,
cada boquete redondo, cual perfecta obra maestra.
Acomodaron la pieza en una gran caja de ante.
—¡Qué pasen los comensales! —la mesa lucía elegante—.
¡Esta joya culinaria es lo mejor que he probado!
—decía el rey mientras probaba cada pequeño bocado.
¿Quién iba a decir que en quesos los roedores son primero?
¡Por lo pronto, ya sabemos quién hace cada agujero!





Hadas S. A.

Hubo una vez en el mundo de la magia y de los magos un evento inolvidable que causó muchos estragos. Pues resulta que, cada año, entre centellas y truenos, se reunían los hechiceros a jugar, ni más ni menos. Aquel acontecimiento era algo muy singular, pero las reglas del juego muy pronto iban a cambiar, porque los brujos pensaban y alardeaban con certeza: —Las hadas no saben nada, no hay sesos en su cabeza. Así que aquellos malvados publicaron un aviso: “¡No jugaremos con ellas! No les daremos permiso”. Pero las hadas dijeron: —¡Nos parece muy injusto! Nosotras sólo mirando y ustedes ahí, muy a gusto. —Pueden traer los pastelitos y pueden vernos ganar —dijeron aquellos brujos—. ¡Pero no pueden jugar! Sólo porque eran distintas los brujos crearon un plan. —Por ser hadas y no brujos, no serán parte del clan. Las hadas, enfurecidas, pensaron: “¡Ahora verán!” y formaron, convencidas, la firma Hadas S. A. Se fueron, varita en mano, y de modo inteligente, firmaron ante notario, registrando la patente. Para ser miembro honorario y tener tu credencial sólo existía un requisito, que era no portarse mal. Fueron llegando costales de cartas de candidatos, que pasaban divertidos y contentos grandes ratos.



Los dueños de la franquicia de aquellos brujos de enfrente se estaban quedando solos. Se estaba yendo la gente. Las hadas a cada socio trataban de acomodar, mientras los brujos, muy tristes, no tenían con quién jugar. Todos los brujos dijeron: —Creo que nos equivocamos. Y se fueron con las hadas a preguntarles: —¿Jugamos? Por fin hicieron las paces. Firmaron todos los puntos. Según el nuevo contrato, ahora sí jugarían juntos. La cláusula que firmaron todavía sigue vigente. ¡Hoy juegan hadas y brujos, y juega toda la gente!



El rey Granizo

Un día una bruja amiguera, al presumido rey Granizo, por despecho o por enojo, le lanzó un terrible hechizo.

—Oye, rey, una pregunta, ¿que no quieres ser mi amigo? Soy muy linda y modosita. Bueno, eso es lo que yo digo.

—Los monarcas y las brujas no se juntan ni de chiste

—dijo el rey maleducado, y ella se puso muy triste.

—Y es que, ¿cómo se te ocurre? —dijo después su excelencia—, eres horrible, eres vieja. ¡Acabas con mi paciencia!

—¡Me las pagarás muy caro por engreído y arrogante!



—dijo la bruja furiosa—. ¡Mira que hacerme un desplante!
Sacó su libro de embrujos y por haber sido grosero,
le hizo un hechizo muy frío, ¡un hechizo bajo cero!
Y desde ese helado día, de aquel escarchado mes,
en el reino caminaban como cubitos con pies.
Inocentes habitantes estaban pagando el pato.
El reino estaba escarchado cual iglú sin termostato.
—Traigan leños suficientes, haremos una fogata
—decía el rey muy enojado—, ¡esa bruja es una lata!
La bruja, que estaba oyendo, dijo: —¿Entonces quieres más?
¡Te daré tu merecido! Más hielito, ya verás.
Parecía no darse cuenta, aquel rey malencarado,
que el reino estaba sufriendo lo que él solo había causado.
Pero por más que buscaron un remedio o un cura,
no lograron ni en un grado subir la temperatura.
—Su majestad —dijo un brujo—, si me pides mi opinión,
tienes que ver a la bruja, debes pedirle perdón.
El rey, casi congelado, por fin se tragó su orgullo
y mandó traer a la bruja en medio de un gran barullo.
—Bruja, te ofrezco disculpas. Y ella le dijo: —¿Lo sientes?
¿Verdad que fuiste grosero? ¿Te arrepientes?, ¿te arrepientes?
La bruja, ya satisfecha, revirtió el horrible hechizo.
El rey había recibido una lección por lo que hizo.
La moraleja del cuento es que, aunque tú seas chiquito,
debes ser bien educado. —¿O a ti te gusta el hielito?





Las zapatillas de la bruja

Al taller de un zapatero llegó una bruja una vez.

—¡Zapatero, zapatero, ya vine con mi pedido!

¿Te dicto las instrucciones o las aprendes de oído?

El zapatero, agobiado, al verla entrar al taller

dijo en tono resignado: —¡Otra vez esa mujer!

—Quiero un par con lentejuelas y brillitos en la punta, plantilla y tacón de aguja. ¿Qué esperas? ¡Ándale, apunta! Además, que tengan suela, de preferencia de encaje, ni muy chicos, ni muy grandes, que combinen con mi traje.

Atento, aquel zapatero tomó completos los datos para el diseño perfecto de aquellos nuevos zapatos.

Antes de entregar, con calma revisó cada detalle.

Pero regresó la bruja, muy campante por la calle.

—Zapatero, zapatero, te traigo las zapatillas, me quedan un poco estrechas y justas de las orillas.

El zapatero, calmado y con actitud paciente, pensó: “¡Qué bruja latosa!, pero primero es el cliente”.

Y más tardó en repararlos que la bruja en regresar.

—Zapatero, zapatero. Ven, que tenemos que hablar.

Y con grandes aspavientos, casi dejándolo sordo,

le dijo dando de gritos: —¡Me aprietan del dedo gordo!

Aquel pobre zapatero hizo todo lo que pudo.

Que quedara satisfecha, pues la verdad yo lo dudo.

La bruja volvió de noche, otra vez a reclamar.



El zapatero no estaba y ella decidió esperar.
Vio en el piso un par de chanclas, todas viejas y gastadas.
—¡Qué bonitas alpargatas, me quedan que ni pintadas!
Al vérselas al espejo, se dijo: —¡Qué bien combinan!
Son cómodas y elegantes, y de paso hasta rechinan.
La bruja, muy complacida, pensó: “Con éstas me quedo”.
Y le dijo al zapatero: —Me van como anillo al dedo.
Y así el hombre se deshizo, sin pensarlo ni un momento,
de todos sus pares viejos, y todo el mundo contento.
Por eso en gustos, ya sabes, como la bruja catrina,
no se sabe, pero a veces, uno de chiripa atina.





La cabaña

En una cabaña, un ogro vivía muy cómodamente,
hasta que, revoloteando, una idea llegó a su mente.
“¡Ya no quepo en esta casa! —pensaba el hombre, afligido—,
ya me está quedando chica, ¿qué acaso se habrá encogido?”.
La cama era muy pequeña, y más pequeña la mesa.
—¡Me sobra un metro de dedos y otro metro de cabeza!
La tina no me acomoda, no caben mis cocodrilos...
El sofá estaba muy viejo, ya le asomaban los hilos.
—En el armario no caben ni mis zapatos de piel,

ni mi colección de monstruos —dijo triste el ogro aquel—.
Y entonces puso un anuncio: “Vendo linda propiedad.
Hermosa, bien conservada, cien años de antigüedad”.
Para tener una justa y buena negociación,
ofrecía a los compradores una clara descripción:
—Tiene una enorme mazmorra y una sala de tortura,
cómoda cama de clavos, con preciosa arquitectura.
Tiene hermosas telarañas colgando de las ventanas.
¡Está repleta de moscas, todas gordas y muy sanas!
También tiene un calabozo y sótano de primera.
Baño con poza de lodo y refrescante gotera.
Lleva pantano incluido, con aroma singular
y divertidos mosquitos que no dejan de cantar.
Si quiere venir a verla —decía—, no habrá compromiso.
Y eso fue lo que uno que otro despistado al final hizo.
Mas, ni con enorme ganga hicieron algún intento.
La cabaña era horrorosa, un verdadero esperpento.
El ogro les dijo, entonces, que hasta aceptaría un traspaso,
enganche y mensualidades. ¡La oferta fue un gran fracaso!
—Se las dejó más barata —ofreció sin resultado.
Cada cliente, al ver la casa, salía de ahí muy asustado.
Y aún puedes ver el anuncio en el “Aviso oportuno”.
Un anuncio rojo y negro como ése, en verdad, ninguno.
—¡La casa no se ha vendido y pasaron diez años ya!
—dice el ogro confundido—. ¡Y no sé por qué será!





La hija de la bruja

Viviendo tranquilamente en una oscura covacha, se encontraba mamá bruja. ¡La mujer era una facha! Inquieta y malhumorada, con sonrisa tenebrosa, le dijo a su pequeñita: —Quiero saber una cosa. Ya se está acercando el día de elegir tu profesión. Debes ser muy cuidadosa al realizar tu elección. La pequeñita, saltando y con su sonrisa traviesa, le dijo: —Ya he decidido, ¡quiero ser una princesa! Quiero una corona de oro y un vestidito esponjado. La bruja estaba furiosa, ¡que noticia le habían dado! —Pero, hijita, no es posible, romperás la tradición. Eres bruja de abolengo y eso sería una traición. ¡Qué van a decir las brujas cuando se reúna el consejo! —No me importa lo que digan —decía viéndose al espejo—. Y a pesar de su verruga, su joroba y fea nariz, ella quería ser princesa. ¡Nada la haría más feliz! Cuando otras brujas supieron, se armó una terrible riña. —Ahora lo más importante es convencer a la niña. Escribieron una lista mencionando el beneficio, las ganancias y el orgullo de hacerse bruja de oficio. —Te daremos una escoba, cien pociones y un caldero. También un libro de hechizos y un elegante sombrero. Volaremos por los aires al aquelarre del mes, y saldremos por la noche a divertirnos, ¿cómo ves?



Y aunque la bruja aquella parecía atenta a la vieja,
lo que le entraba a un oído le salía por la otra oreja.
—Podrás hacer magia y nunca serás común y corriente.
Harás, con grandes poderes, cosas que no hace la gente.
Pintaron tan bien la historia que la niña, al parecer,
luego de oír tantas ventajas, dio al fin su brazo a torcer.
—Mamita —dijo contenta—, me has convencido. Adivina.
Ya no quiero ser princesa. ¡Quiero ser hada madrina!
Pobres brujas, fracasaron, y ante tanta necesidad,
irresultó peor el remedio que la misma enfermedad!



La tienda de los sombreros

Tres brujas, a la carrera, paradas junto a una esquina, admiraban los sombreros de una tienda en la vitrina.

Estaban emocionadas, pues se acercaba la fecha del Baile de las Escobas. ¡La invitación estaba hecha!

—Me gusta el de terciopelo —dijo la bruja mayor.

—¡A mí el de las telarañas me queda mucho mejor!

La brujita más pequeña vio un sombrerito de encaje.

—Hermanas, éste me gusta y combina con mi traje.

Estaban muy apuradas, ¡era una fiesta elegante!

Ya se estaba haciendo tarde. Querían ir de pipa y guante.
La vendedora les dijo que había un modelo muy *chic*:
—Fue importando desde Europa y traído a mi *boutique*.
—¡Lo quiero! —dijeron todas—. ¡Ése tiene que ser mío!
Tres brujas. Sólo un sombrero. Qué terrible desafío.
Lo sacaron de la caja y de manera siniestra,
acabaron en segundos con aquella obra maestra.
Volaban por todos lados los adornos en pedazos,
del sombrero no quedaron más que unos cuantos retazos.
—¡Dámelo, hermana, que es mío! —dijo una con gran rudeza.
—A ti no puede quedarte con esa enorme cabeza.
—Quítate, que ese sombrero yo lo quiero para mí.
—¿Qué no ves que yo fui justo la primera que lo vi?
Y entre dimes y diretes, las tres brujas envidiosas
se olvidaron de la fiesta y se olvidaron de otras cosas.
Y cuando las tres mujeres decidieron finalmente
y llegaron a la fiesta, ipues ya se había ido la gente!
Y bajó de cada escoba, aterrizando en la pista,
muy elegante y coqueta cada brujita egoísta.
Pero ni baile, ni cena, ni música o refrigerio.
Sólo las brujas, muy tristes, con el rostro largo y serio.
—Ya ves, hermana, te dije, era mejor sin sombrero.
—¡Cállate y cierra la boca! —dijo otra en tono grosero.
Y muy emperifolladas, entre gritos y reclamos
pasaron toda la noche. ¡Del sombrero ya ni hablamos!





La obra de arte

Un rey, amante del arte, tenía una gran colección de pinturas fabulosas en un inmenso salón.

—Pondré a la entrada cien guardias usando fuerte armadura, para proteger mis obras de alguna extraña criatura.

Al rey llegaron rumores diciendo que un gran artista había pintado un retrato ¡para el rey coleccionista!

—Me dicen que mi retrato es una cosa exquisita.

Quiero verlo de inmediato. ¡Tráiganmelo, pero ahorita!

Sin embargo, aquel artista vivía muy lejos de ahí.

—Majestad, tardará mucho. —¡No importa, lo quiero aquí!

Así que los emisarios arreglaron el envío.

Uno a uno lo irían pasando. La cosa sería un gran lío.

Cuando el primer mensajero vio el retrato de su alteza, pensó: “Esa corona es chica para la enorme cabeza”.

Así que le dio un retoque y entregó el cuadro en cuestión al segundo mensajero, que también dio su opinión:

—Su alteza luce distinto, viejo y muy desmejorado.

Y tomó un pincel enorme y retocó con cuidado.

El tercero... ¡adivinaste!, tampoco fue la excepción.

—Le quitaré las ojeras y esa terrible expresión.

Y así fueron agregando colores y más detalles,

conforme pasaba el cuadro por más hombres y más calles.

El retrato de su alteza pasó por tanto pincel

y fueron tantos los cambios, que ya no lucía como él.



Al llegar el envoltorio, el rey muy emocionado les dijo: —¡Dejadme verlo! ¡Todo el mundo hágase a un lado! Cuando vio la obra maestra, no encontró pies ni cabeza. Pero era un pintor famoso y un honor para su alteza. El rey se quedó un momento admirándolo callado. “No sé qué decir. ¡No entiendo!” , pensó el pobre, preocupado. Pero luego de un momento, dio su diagnóstico exacto: —¡Me fascina, es muy hermoso! No sabía que era arte abstracto. Aquel pintor nunca supo que el retrato destrozado hoy se exhibe en un museo, ¡y a todos les ha encantado!





La tetera

A la vuelta de la esquina estaba la celebración.
La reina cumplía cincuenta. ¡No era cualquier ocasión!
—**iLas bellas invitaciones se entregaron puntualmente!**
Y anunció un súbdito alegre: —**iVendrá muchísima gente!**
Todo el reino, entretenido, pensaba en un buen regalo.
—**iLlevar las manos vacías sería un detalle muy malo!**
—**Tengo el presente perfecto, lo sacaré del baúl**
—dijo una hadita, envolviendo su regalito en azul.
Llegaron los invitados y comenzó el gran evento.

La gente comía y bailaba, mientras la reina decía:
—¿Ya puedo abrir los regalos? ¡Al fin que la fiesta es mía!
El hada entregó, orgullosa, a su majestad el suyo.
La expectación era grande. ¡No se escuchaba un murmullo!
La reina estaba encantada, y aunque aún no sabía lo que era,
al abrirlo vio contenta ¡una preciosa tetera!
“No es una jarra cualquiera, si me la ha entregado un hada”,
pensaba entonces la reina, curiosa y muy intrigada.
Después usó el artefacto y pensó: “¿Tendrá poderes?”.
Pensaba que había algo oculto en los más simples enseres.
—Tal vez, si hiervo unas hojas y luego las pongo a colar
la infusión me vuelva hermosa. A ver, vamos a intentar.
Tiene que haber una magia y con un poquito de fe...
¡Y bebió cientos de tazas, aunque detestaba el té!
—Tal vez tiene adentro un genio y me concederá un deseo.
Quizá un tesoro secreto. Mas, la verdad, no lo veo.
—Mujer, es una tetera —dijo el rey—. ¡Ay, como insiste!
—No me daré por vencida hasta que le encuentre el chiste.
Mientras tanto, el hada aquella, ocupada y hacendosa,
pensaba: “¡Qué buena idea deshacerme de esa cosa!
Tengo tantos cachivaches que ya ni moverme puedo.
¿Querrá la reina las tazas? Tal vez pueda hacer el juego”.
Y mientras el hada sigue terminando su limpieza,
la reina sigue, sin duda, rompiéndose la cabeza.





La aguja y la reina

Una reina delicada y también bastante molona dijo: —*¡Me duelen los huesos, y creo que hasta la corona!* Llamó al médico del reino que, sin dudar ni un momento, se presentó preparado contra aquel padecimiento.

—*Su majestad, ¿qué le ocurre?, ¿es algo de gravedad?*

—*No lo sé, no estoy segura, no me veo muy bien, ¿verdad? Tengo terribles ojeras y no he podido dormir*

—y entonces sacó la lengua—, *¿qué me puede usted decir?*

El galeno, preocupado, midió la temperatura, el peso, las dimensiones, los ojos y la estatura.

—*Todo parece perfecto* —le dijo el profesional.

—*Usted dirá lo que quiera, pero yo me siento mal.*

Llamaron a cien doctores de otros reinos para ver si encontraban el problema de aquella pobre mujer.

—*Usaremos más remedios, nuevas pócimas secretas.*

Combinaremos pociones. Cambiaremos las recetas.

Pero, por más que estudiaban a la mujer fastidiosa, le quitaban un problema, pero aparecía otra cosa.

Un muchacho que pasaba escuchó a su majestad hablando sobre sus males y descubrió la verdad.

—*Hoy me duele la garganta, el estómago y el pie.*

¿Qué me dolerá mañana? Tengo que pensar... no sé.

“Entonces —pensó el muchacho— ya tengo la solución”.

Y se fue directamente hasta aquella habitación.



—Traigo aquí un nuevo instrumento, que curará de una vez a su majestad, la reina. —Díganos pronto, ¿qué es? Le mostró una enorme aguja y dijo: —Con la punción se aliviará de inmediato su terrible condición. —¿No es mejor la cataplasma o una buena cucharada? —Su majestad, me disculpa, pero como esto no hay nada. De manera sorpresiva, la reina dijo: —¿Qué creen? Tal vez ha sido un milagro, ipero ya me siento bien! Quién hubiera imaginado que la aguja milagrosa era el remedio perfecto para la reina achacosa.





El libro mágico

En un lejano palacio había un sabio que a su alteza le había dado mil consejos sobre poder y riqueza.

El hombre vestía una toga y siempre llevaba con él un extraño libro viejo, que estaba forrado en piel.

Y cada que aquel monarca solicitaba su ayuda, el anciano abría su libro para aclararle la duda.

—Anciano —decía el monarca—, estoy metido en un lío, tal vez puedas ayudarme, aunque el embrollo no es mío.

—¿De qué se trata, monarca?, ¿es tu mujer otra vez?

—Justamente es el problema, tú ya sabes cómo es.
El viejo hojeaba su libro y buscaba con cuidado,
y le daba la respuesta al monarca preocupado.
—Sabio, como recompensa te entrego otra bolsa de oro.
—No, muchas gracias, su alteza, pues mi libro es mi tesoro.
Un sirviente de la corte con ruidosa carcajada
pensó: “¡Bueno, del tesoro también quiero mi tajada!
Si logro robarle el libro y luego lo puedo vender,
seré rico y poderoso, y nadie lo va a saber”.
Se escabulló aquella noche a la choza del anciano
y tomó el dichoso libro. —Ahora ya estamos a mano.
Pensando ya en las ganancias, lo ofreció al mejor postor:
—Te ofrezco este gran tesoro, ¿no me lo compras, señor?
Pero la gente, mirando aquel libro maltratado,
le decía: —No me interesa, es sólo un libro gastado.
—Pero el libro sabe todo, y te lo dejo barato.
Aunque no sé cómo usarlo, pero cerremos el trato.
Después de muchas semanas al fin se dio por vencido.
—Esta cosa no me sirve —dijo muy arrepentido.
De regreso con el sabio, después de aquel fin tan malo,
el ladrón le dijo: —¡Toma! Ahí tienes, te lo regalo.
—Pero si es un gran tesoro, ¿por qué la devolución?
—Porque no encuentro la magia, ¿qué?, ¿quieres otra razón?
Entonces el viejo sabio dijo para terminar:
—¡La herramienta es poderosa, pero hay que saberla usar!





La biblioteca del rey

En una reunión de sabios, un monarca un poco loco se dio cuenta de repente que tenía *algo* vacío el coco.

Mandó llamar a los sabios y en secreto les contó:

—*¡Me he dado cuenta que todos saben mucho más que yo!*

—Majestad, si me permite —dijo uno de los letrados—, no es un problema terrible, hay libros por todos lados.

—Sí, ya lo sé, pero dime, ¿eso qué tiene que ver?

—Que los libros son cultura y te ayudan a aprender.

—¿Eso es todo?, ¿así de simple? ¿En verdad es tan sencillo?

¡Traigan, entonces, los libros a las puertas del castillo!

—Construiremos de inmediato una biblioteca enorme, su alteza estará encantado —dijo el sabio muy conforme.

—Quiero un montón de anaqueles de madera de caoba con cajoncitos labrados, como los que hay en mi alcoba. Quiero los mejores tomos, forrados en fina piel...

—Mi lord, déjelo en mis manos —dijo el consejero fiel.

Fueron llegando al palacio los libros casi por cientos, de historia, de geografía, de filosofía y de cuentos.

—Todavía faltan algunas ediciones ilustradas.

Tráiganme más manuscritos con grandes letras doradas.

Los sabios seguían llevando volúmenes muy valiosos:

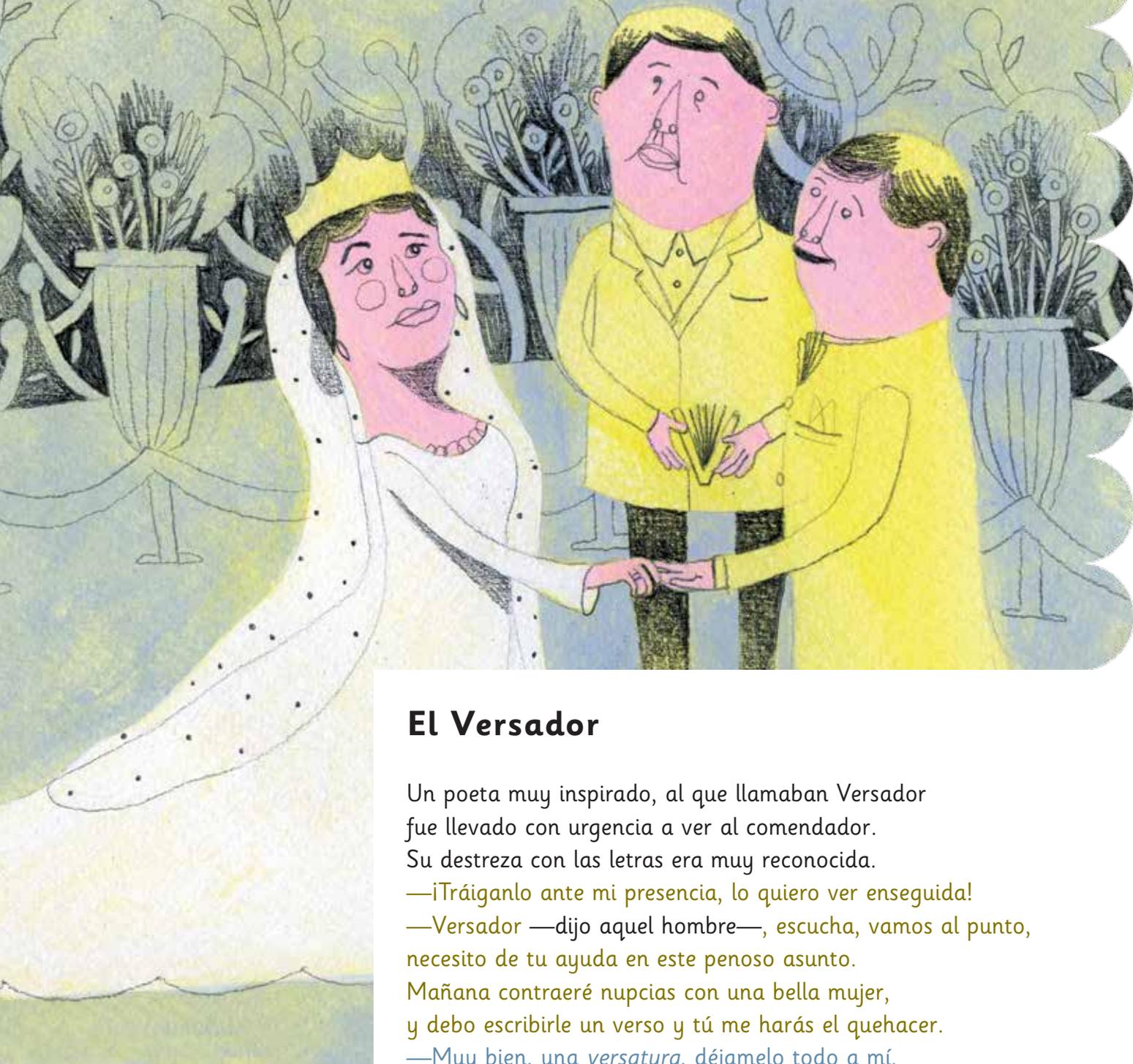
textos, compendios, reseñas, todos ellos muy costosos.

Pero el rey seguía inconforme, algo aún estaba muy mal.

—¿Es que nos falta surtirle algún tema en especial?



—¿Qué acaso no ves qué pasa? —dijo el rey lleno de enojo—, me faltan libros azules y uno que otro libro rojo. Ya tengo verdes y blancos. Tengo grandes y chiquitos, pero me faltan medianos. Yo los quiero variaditos. Los sabios, muy sorprendidos, con enorme frustración, completaron con tristeza aquella extraña colección. El rey usaba los libros sólo por decoración y jamás pensaba abrirlos. ¡Ah, qué rey tan cabezón! ¡No hay duda que aunque las ropas sean de bordado y encaje, algunos, por más que intentes, nunca captan el mensaje!



El Versador

Un poeta muy inspirado, al que llamaban Versador
fue llevado con urgencia a ver al comendador.
Su destreza con las letras era muy reconocida.

—¡Tráiganlo ante mi presencia, lo quiero ver enseguida!

—Versador —dijo aquel hombre—, escucha, vamos al punto,
necesito de tu ayuda en este penoso asunto.

Mañana contraeré nupcias con una bella mujer,
y debo escribirle un verso y tú me harás el quehacer.

—Muy bien, una *versatura*, déjame todo a mí.

Usaré mi *conocencia* y seguro dirá que sí.

“¿*Conocencia? ¿Versatura?* —pensaba aquél, confundido—.

Tal vez son palabras nuevas, creo que no las había oído”.

El Versador, mientras tanto, con un dejo de elegancia, sacó la tinta y le dijo: —¡Tengo una *solicitancia!*

—Lo que quieras —dijo el hombre, atento a la petición.

—Describid a tu princesa —dijo el farsante bribón.

—Su cara es la más hermosa, es una musa divina, que canta cuando conversa y vuela cuando camina.

—Muy bonito, muy bonito —le respondió el Versador—, la *comprendencia* está clara, dame un minuto, mi lord.

Como no tenía talento, el Versador charlatán, quiso robarse la rima y pensó: “No lo notarán”.

Al tomar el pergamino, el rey muy impresionado empezó a leer aquel verso que el Versador le había dado.

Y palabra por palabra, su majestad, inocente, repitió su propio verso, exacto y literalmente.

Mas, cegado por la fama del mañoso Versador, al terminar de leer dijo: —¿Cuánto te debo, señor?

Por el verso que me has dado —luego continuó diciendo—, te mereces cien monedas, pero te salgo debiendo.

Y así, todos convencidos por su actitud arrogante le rindieron los honores al Versador ignorante.

Las bodas se celebraron y aquel Versador fue el juez, porque, además de poeta, es ministro. ¿Cómo ves?





El perfumero

Desde París, hace mucho, llegó al reino un perfumero, que más que fama buscaba... ¡adivinaste! Dinero.

—Vengan, acérquense todos, que he venido desde Francia a ofrecerles una ganga: mi delicada fragancia.

Sus ingredientes secretos, que no puedo revelar, son mágicos y especiales, imposibles de igualar.

La gente se fue acercando, llena de curiosidad, ¿qué es lo que ofrecía el sujeto?, ¿cuál era la novedad?

—El aroma que yo vendo, y del cual tengo patente, lo compran reyes y nobles, sólo gente inteligente!

Si usted no es muy agraciado o su figura es horrible, mi fragancia, lo prometo, lo volverá irresistible.

—¡Deme dos! —¡Yo quiero cuatro! —empezó aquel griterío.

La fila crecía y crecía, ¡y la vendimia era un lío!

—Lleve exquisito perfume a precio de introducción.

Le regalo dos por uno. ¡Aproveche! ¡Promoción!

El rey, como de costumbre, no quiso quedarse atrás.

—Quiero diez cajas —le dijo. —Aquí tienes, ¿quieres más?

Después de sólo tres días, el astuto merolico había acabado con todo. ¡Se estaba haciendo muy rico!

Así que puso un letrero la mañana de aquel día:

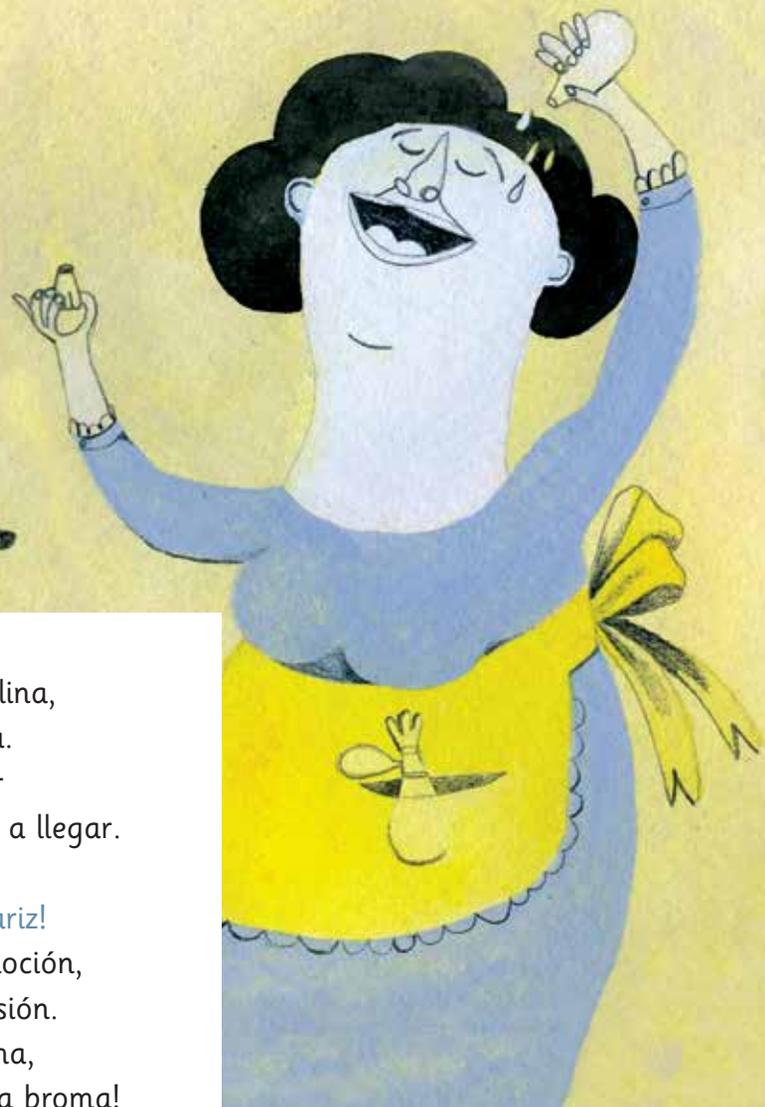
“Regreso en algunas horas, voy a surtir mercancía”.

El hombre se fue a un arroyo, pensando con gran razón:

“La magia no es el perfume, ¡la magia es la sugestión!”.



Llenó todos sus frasquitos de aquella agua cristalina, luego los acomodó perfecto en su oxidada vitrina. Muy perfumada y creída, la gente de aquel lugar se quedó esperando al hombre, que nunca volvió a llegar. Así, el vendedor mañoso, que no venía de París, pudo engañarlos a todos. —¡Justo frente a su nariz! Y se fue de pueblo en pueblo vendiendo aquella loción, que compraban, convencidos, en un frasco de ilusión. Y en cada lugar de paso, les fue dejando su aroma, que ni fragancia, ni esencia. ¡Vaya engaño!, ¡vaya broma!





El pavo de Navidad

Hace mucho en Nochebuena, un rey bueno y comelón pensó que quería una cena justo para la ocasión.

—Quiero un pavo grande y gordo, que tenga doble pechuga, con relleno de castañas y adornado con lechuga.

Del catálogo de pavos eligió su pajarraco.

—Quiero uno enorme y sabroso. ¡No me traigan uno flaco!

Lo llevarían de muy lejos, en una entrega especial, bien envuelto, calentito y seguro, por correo real.

Sin embargo, el remitente que pusieron al pedido

provocó un serio incidente. ¡El pavo se había perdido!
Y así, el ave de su alteza fue a parar, por un error,
a la choza pobre y vieja de un humilde pescador.
—**iPero qué pavo tan rico!** —dijo aquel hombre, impaciente,
y sin pensar ni un minuto, lo que hizo fue hincarle el diente.
Luego lo envolvió de nuevo y lo mandó a su destino,
pero un leñador hambriento lo interceptó en el camino.
—**iPero qué pavo tan bueno!** —decía mientras masticaba.
El rey tendría mucha suerte si algún pedazo quedaba.
Cuando quedó satisfecho, el leñador complacido
envió otra vez el paquete. —**Al fin que yo ya he comido.**
Pero tuvo mala suerte, se equivocó nuevamente,
y el pavo llegó otra vez a domicilio diferente.
La dueña de aquella casa dijo al verlo, muy contenta:
—**iSólo tomaré una alita, así no se darán cuenta!**
Al terminar, mandó el pavo y... ¡adivinaste! Esta vez
llegó por fin al castillo y el rey les dijo: —**iAquí es!**
Tomó el bulto entre sus manos. Lo puso sobre la mesa.
—**iVengan, que ha llegado el pavo!** —contento dijo su alteza.
Pero al abrir el paquete y quitar el envoltorio,
la sorpresa fue muy grande y el desencanto notorio.
Sólo había un montón de huesos y una notita escondida:
“**Su alteza, le agradecemos la succulenta comida**”.
El rey, al mirar la nota, dijo con felicidad:
—**iNo importa, si a fin de cuentas, de eso trata Navidad!**





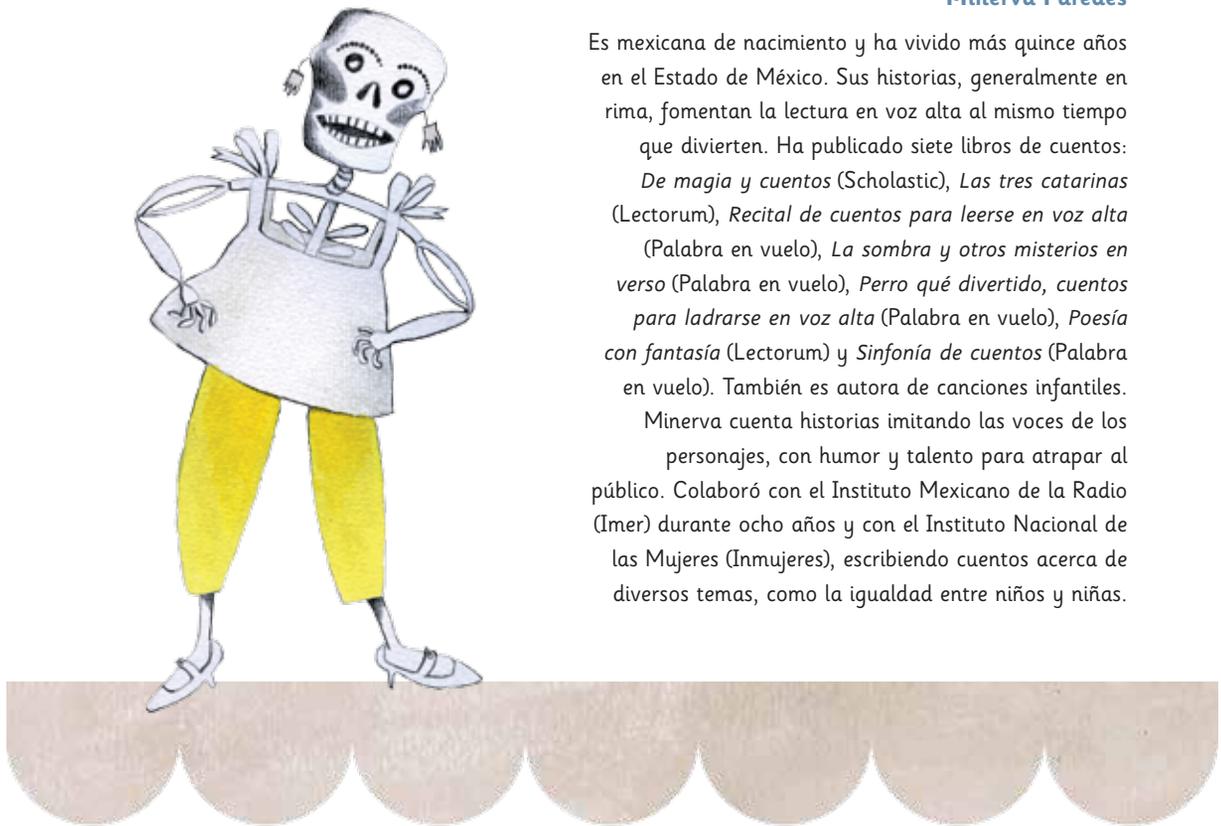
Índice

La catrina	8
La boda de don Esqueleto	10
La calabaza	12
El comal rojo	14
Las carabelas	16
El piano	18
El violín	20
Los buñuelos de Nona	22
La ardilla mazapanera	24
El queso del rey	26



Hadas S. A.	28
El rey Granizo	30
Las zapatillas de la bruja	32
La cabaña	34
La hija de la bruja	36
La tienda de los sombreros	38
La obra de arte	40
La tetera	42
La aguja y la reina	44
El libro mágico	46
La biblioteca del rey	48
El Versador	50
El perfumero	52
El pavo de Navidad	54





Minerva Paredes

Es mexicana de nacimiento y ha vivido más quince años en el Estado de México. Sus historias, generalmente en rima, fomentan la lectura en voz alta al mismo tiempo que divierten. Ha publicado siete libros de cuentos:

De magia y cuentos (Scholastic), *Las tres catarinas* (Lectorum), *Recital de cuentos para leerse en voz alta* (Palabra en vuelo), *La sombra y otros misterios en verso* (Palabra en vuelo), *Perro qué divertido, cuentos para ladrarse en voz alta* (Palabra en vuelo), *Poesía con fantasía* (Lectorum) y *Sinfonía de cuentos* (Palabra en vuelo). También es autora de canciones infantiles.

Minerva cuenta historias imitando las voces de los personajes, con humor y talento para atrapar al público. Colaboró con el Instituto Mexicano de la Radio (Imer) durante ocho años y con el Instituto Nacional de las Mujeres (Inmujeres), escribiendo cuentos acerca de diversos temas, como la igualdad entre niños y niñas.



Rocío Solís Cuevas

Estudió la maestría en diseño editorial del Centro de Estudios Gestalt y el diplomado en ilustración de la Academia de San Carlos; su trabajo ha sido seleccionado en el Cuarto Catálogo Iberoamericano de Ilustración en 2013. Ha diseñado e ilustrado publicaciones para el Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal, el Instituto Electoral del Estado de México, Amaquemecan y Editorial Aguilar. Su trabajo puede ser consultado en rociosolis.wordpress.com.

Colección de cuentos para leerse en voz alta, de Minerva Paredes, se terminó de imprimir en diciembre de 2020, en los talleres gráficos de Diseño e Impresión, S. A. de C. V., con oficina de venta en Otumba núm. 501-201, colonia Sor Juana Inés de la Cruz, en Toluca, Estado de México, C. P. 50040. El tiraje consta de quinientos ejemplares. Para su formación se usó la familia tipográfica Sassoon Infant, de Rosemary Sassoon, de la fundidora Monotype Corp. Concepto editorial: Félix Suárez, Hugo Ortiz y Rocío Solís Cuevas. Formación, portada y supervisión en imprenta: Rocío Solís Cuevas. Cuidado de la edición: Mariana Aguilar Mejía y la autora. Editor responsable: Félix Suárez.